

Enl@ce: Revista Venezolana de Información,
Tecnología y Conocimiento
ISSN: 1690-7515
Depósito legal pp 200402ZU1624
Año 9: No. 1, Enero-Abril 2012, pp. 51-59

Cómo citar el artículo (Normas APA):
Mandrillo, C. (2012). Antiimperialismo, tecnología y petróleo
en la novela venezolana. *Enl@ce Revista Venezolana
de Información, Tecnología y Conocimiento*, 9 (1),
51-59

Antiimperialismo, tecnología y petróleo en la novela venezolana

*Cósimo Mandrillo*¹

Resumen

Este trabajo revisa la noción de antiimperialismo que puede deducirse de la lectura de algunas novelas venezolanas cuyo relato se ubica en el periodo de implantación de la industria petrolera. A tal fin, se atiende de modo particular a la presencia de nuevas tecnologías percibidas, en general, como parte de la avanzada neo colonizadora en que se convirtió, para la mayoría de los escritores venezolanos del momento, la presencia de las compañías extranjeras. Se centran estas reflexiones básicamente en tres obras: *Mene* de Ramón Díaz Sánchez, *Mancha de aceite* de Cesar Uribe Piedrahita y *El señor Rasvel* de Miguel Toro Ramírez, estas dos últimas, a diferencia de la primera, muy mal conocidas en el ámbito tanto venezolano como latinoamericano.

Palabras clave: antiimperialismo, petróleo, novela, tecnología, Venezuela

Recibido: 22-11-11 Aceptado: 27-02-12

¹ Escritor. Licenciado en Letras. Doctor en Literatura. PPI III. PEI B. Especialista en literatura venezolana. Profesor Emérito de la Universidad del Zulia.

Correo electrónico: cosimomandrillo@gmail.com

Anti-imperialism, Technology and the Oil Industry in Venezuelan Novel

Abstract

This paper reviews the notion of anti-imperialism that can be gleaned from some Venezuelan novels which plot goes over the implantation period of the country's oil industry. For this purpose it is especially important the presence of new technologies perceived, by Venezuelan writers, as part of the equipment of the new colonizers represented by the oil company's personnel. The analysis is centered primarily on three different novels: *Mene*, by Ramón Díaz Sánchez, *Mancha de aceite* by César Uribe Piedrahita and *El señor Rasvel*, by Miguel Toro Ramírez, the latter two, unlike the first, very little known at both Venezuela and Latin America.

Key words: Anti-imperialism, Oil Industry, Novel, Technology, Venezuela

Cuando hablamos de antiimperialismo en Latinoamérica, hablamos de un sentimiento de larga prosapia. La oposición a la presencia extranjera no se inaugura aquí con la explotación de los recursos naturales adelantada por las nacientes transnacionales de principios del siglo XX. Por el contrario, en el antiimperialismo encarna una posición política que nace y madura durante las guerras de independencia de finales del siglo XVIII; evoluciona a lo largo del siglo XIX merced a los reiterados esfuerzos de las potencias Europeas por recuperar las colonias perdidas o por establecer un tutelaje basado en el poder económico; y alcanza, en fin, su plenitud con la masiva inmigración del capital norteamericano a lo largo del siglo XX.

Si imperialismo es presencia dominante del capital extranjero, con el condicionamiento resultante tanto en el ámbito político como cultural, en el marco de la novela petrolera antiimperialismo será para nosotros no sólo la manifestación polí-

tica de la oposición a esa presencia, sino toda forma de representación de lo extranjero, como es el caso de la tecnología, que, bien acompañada de un juicio expresamente negativo, o dado su carácter satírico o irónico, alimente la carga simbólica por medio de la cual se expresa la oposición al Otro, visto aquí como el invasor.

En este juego de representaciones, a la novela le corresponde un papel determinante, pues como ya lo dijo Edward Said, la novela es el método mediante el cual el colonizado afirma su identidad y su propia historia (Said, 1994). El género narrativo en general se convierte así en una forma de resistencia y, muchas veces, en una vía de afirmación de la identidad a través de la exploración o el establecimiento de un pasado en el cual ni la realidad ni la cultura sufrían la impronta del extranjero.

La búsqueda de un pasado auténtico parece marcar la novelística de toda sociedad que se sien-

te amenazada en sus bases idiosincrásicas, y, como tal, se repite en la novela petrolera. Ellen McLarney lo afirma contundentemente en su trabajo *The Empire Of The Machine*, sobre la presencia de la tecnología asociada a la explotación del petróleo en la novela árabe:

Uno de los resultados de esta industrialización consiste en una visión de la naturaleza como un estado de inocencia ideal, un lugar primigenio e intocado por los depredadores del "imperio de la máquina". Se trata de una edad dorada, una utopía imaginada, lo que Raymong Williams ha llamado "la economía natural, la economía moral, la sociedad orgánica, de la que se heredan los valores.... un contraste con la inmisericorde ambición del nuevo capitalismo.

(...) tales lugares son imaginados como antitéticos a la fuerza ocupadora del complejo militar-industrial global, o incluso como su antídoto (McLarney, 2009).

De otro lado, en lo que parece contradecir lo hasta aquí dicho, esta búsqueda de la identidad, de la esencia nacional, en el pasado, donde se asentarían los auténticos valores de una cultura ahora puesta a prueba, fue cuestionada hace ya mucho tiempo por Frantz Fanon en *Los condenados de la tierra*. De acuerdo con Fanon, ese escaibar en el pasado está condenado al fracaso puesto que "en un país subdesarrollado en fase de lucha las tradiciones son fundamentalmente inestables y surcadas de corrientes centrífugas" (Fanon, 1977, p. 205).

La novelística venezolana que aborda el tema petrolero parecería estar más inclinada a acogerse a la postura de Fanon, pues, en general

no cultiva intensamente esta búsqueda de la identidad nacional en el pasado. El rol de hurgar en la historia, en el afán de rescatar costumbres, tradiciones e incluso escenarios que ahora se evocan nostálgicamente, se le asigna a las pocas muestras de poesía que sobre el tema se escribieron en las décadas del surgimiento de la industria petrolera. Esa poesía, aún tocada por el aura del criollismo, se entretiene en rescatar cuadros de costumbres de una edad marcada por la inocencia y la falta total de contradicciones entre los actores de tan líricas escenas. Es lo que sucede en la obra de Ismael Urdaneta, por ejemplo. En sus poemas se hace un contraste entre, de un lado, el ambiente de degradación producida por la explotación petrolera, representada por los cielos "lanceados (...) por las torres de acero de los 'taladros'", bajo los cuales con

Casco negro, puente blanco, veloz,
bufando carbón, sudando aceite
que infecta la estela,
pasa el monitor petrolero;

y, del otro lado, unos escenarios naturales e incontaminados de tal irrealidad que es fácil creer que ya resultaban exóticos para sus mismos contemporáneos.

Otro tanto ocurre en el poema "Oro Rojo" Udón Pérez donde la visión idealizada del pasado se expresa con versos como estos:

Diríase un nido en sonrisas
oculto entre rústicas frondas,
que a un tiempo adulaban pájaros i brisas,
cocaes i ondas.

Tal estado ideal del pasado, se ve sacudido y transmutado por la presencia de lo que Udón

llama “los nuevos conquistadores quienes vienen apertrechados con

(...)

rodajes que raudos voltean,
máquinas que crujen, grúas que rechinan,
machos que golpean.

I fraguas de lumbre plutónica,
sirenas, rieles, motores,...
i el áspero ritmo, la jerga inarmónica
de los invasores.

Por su parte, la novela de tema petrolero escapó con entusiasmo del influjo del criollismo, al menos en lo atinente a establecer el pasado histórico como lugar de la identidad. Es cierto que, a pesar de todo, la tentación de apuntar a un tiempo pasado que fue siempre mejor aún permanece, como lo ha demostrado Arturo Almandoz (2004); pero no es menos cierto que no son pocas las veces en las que estos textos apuntan al pasado como un tiempo de ruina cultural y miseria económica. De otro lado, los escasos intentos de novela criollista en Venezuela no tuvieron oportunidad, por razones cronológicas, de ocuparse del tema del petróleo.

De modo pues, que estamos frente a una novelística que asume la representación de las distintas dinámicas asociadas con la explotación petrolera en un marco de contemporaneidad e imbuída, más que de poética nostalgia, de las propuestas políticas del momento.

En su trabajo *Venezuela: La formación de las identidades políticas* (1996) Luís Ricardo Dávila explica que si alrededor del 900 los intelectuales se preocupaban especialmente por encontrar fórmulas de resistencia cultural a la otra América, es

decir, a los Estados Unidos, los analistas políticos de las décadas que van aproximadamente de 1920 a 1950, entre ellos los novelistas, alimentan un nacionalismo más político que cultural y concluyen que quienes gobiernan el país no hacen sino secundar las órdenes y salvaguardar los intereses de las compañías petroleras.

Así, mientras los viejos intelectuales concebían la oposición al imperialismo como una extensa campaña de educación continental mediante la estrategia de “difundir valores liberales y humanísticos y reafirmar un sentido de identidad colectiva” (Dávila, 1996, p. 126), los nuevos factores se apoyaban sobre la ideología, la creación de partidos políticos y otras formas de movilización de masas para adelantar su lucha.

En esta manera de encarar la realidad habría influido de modo determinante la Tercera Internacional Comunista, con el resultado de que la noción de antiimperialismo termina estrechamente asociado con la teoría marxista y la consiguiente introducción de conceptos que como lucha de clases, proletariado, burguesía y neocolonialismo, entre otros, no estaban presente en el discurso anterior.

Puede considerarse entonces que este contexto de creación de partidos, extensa difusión del pensamiento marxista, rápida aparición de organizaciones de trabajadores, especialmente en las compañías petroleras, y una visión crítica del rol que juega el gobierno nacional con relación a los intereses extranjeros, rodea y condiciona la aparición de la narrativa del petróleo escrita en las décadas de 1930 y 1940.

A la visión negativa de las compañías petroleras, de sus tecnologías y del gobierno nacional, habría que añadir la visión ampliamente negativa también del petróleo mismo. En efecto, no hay en Venezuela un solo texto de ficción con una aproximación favorable a la riqueza entonces recién descubierta. Nada extraño por demás, cuando se comprueba que la dirigencia político-revolucionaria percibía al petróleo como un factor de distorsión económica y cultural, de un lado, y como elemento que reforzaba el poder de la dictadura gomecista, del otro. Añádase, además, la creencia generalizada en esa época según la cual tal riqueza se agotaría muy pronto y dejaría al país arrasado y más pobre que nunca. Esa certeza llevó a Arturo Uslar Pietto, por ejemplo, a proponer un aprovechamiento rápido de los ingresos petroleros para desarrollar al país, idea que encarnó en la famosa frase de sembrar el petróleo. Mas tarde, la misma certeza llevaría a Juan Pablo Pérez Alfonso a rescatar la frase indígena que designaba al petróleo como el estiércol del diablo.

El propio gobierno de Gómez parece haber errado en la percepción que tuvo de la novísima riqueza que ofrecía el subsuelo del país. Así lo cree al menos María Sol Pérez Schael, quien afirma que desde el inicio de la explotación del hidrocarburo en Venezuela se le percibió más como un fuente de ingresos monetarios que como una posibilidad de involucrar al país en un proceso de modernización industrial que requería, por supuesto, de la tecnología. Concluye entonces que debe criticarse el gobierno de Gómez por “haber ignorado las consecuencias industriales del bien que concedía y el haber reducido la complejidad del universo pro-

ductivo y tecnológico que derivaba del petróleo, (...) a la simplificación cuantitativa: el monto de la renta” (Pérez, 1993, p. 95).

La representación del extranjero en plan de denuncia o de sátira, se cumple en la novela venezolana del petróleo por medio de diversas estrategias entre las cuales, además de la exposición de las posturas políticas del autor de un modo más o menos directo, vale la pena enunciar aquí, y sólo a modo de ejemplo, otras como: un modo de recepción de las nuevas tecnologías asociadas a la explotación del crudo y, lo relativo a la relación real o imaginaria del criollo con la mujer extranjera.

En más de una ocasión, y como una forma de vengar o superar la supremacía y dominio del recién llegado, el criollo deja establecida su hombría por medio de la posesión de la hembra del Otro, disminuyéndolo en una dimensión, la de macho, que seguramente pesa mucho más en la mentalidad del propio criollo que en la del musíu.

La escena aparece ya en *Mancha de aceite*, cronológicamente la primera novela venezolana del petróleo. Gustavo, el personaje principal, y, sin duda, entre los actantes de esta novelística, poseedor del discurso político más explícitamente anti-imperialista, se relaciona sexualmente con Peggy McGunn, la esposa de un importante representante de las empresas. Peggy encarna, de una parte, la recurrente imagen del gringo llevado por el estereotipo, pues en Lagunillas, Venezuela, se lamenta ella, inocentemente, de no haber encontrado aún el trópico, no ha visto –dice– “señoritas con guitarras ni los cómicos sombreros mejicanos” (Uribe, 2006, p. 46). Ese mismo afán de exotismo hace

que anhele, desde su llegada, “alguna ilusión que floreciera en su vida monótona” (56). En el otro extremo, sin embargo, es la propia Peggy y no el Gustavo Echegorri combativo y político quien transmite, usando como ejemplo a su propio marido, la imagen del gringo virilmente disminuido y poco apto para los deberes de la carne. “El señor McGunn vive tan ocupado con sus pozos y sus viajes –dice– que no puede cumplir las citas...ni aun en su casa” (46). Quizás por eso “Le pone cuernos y para ella no es una falta, sólo el ejercicio de su libertad entre los beduinos, la expansión, a su manera, de un imperialismo reprimido en la trastienda y compensado con refrigeradores y cinematógrafo” (Campos en Uribe, 2006, p. 6).

De este modo, no es necesario que el doctor Echegorri abandone su atalaya de hombre reflexivo y permanentemente crítico de las compañías y de sus dirigentes extranjeros para imponérselos en un área donde los estímulos son elementalmente físicos.

Pero esa supremacía del macho criollo no puede extenderse al área de la técnica. Allí el dominio del extranjero es claro y estos no ahorran palabras a la hora de dejar establecida la incompetencia del criollo en la materia:

Con menos hombres hubiéramos tenido ya las calderas andando, si estuviésemos en Texas. Estos ‘piones’ no pasan de ser medios hombres. Muy simpáticos. ¡Hell! Demasiado simpáticos! (p. 39).

En *Mancha de aceite* la presencia de la tecnología, siempre asociada a la extracción del petróleo, reitera de manera explícita y permanente su condición de adelantada de una conquista del

territorio que no disimula su tenor ni en los hechos ni en las palabras de quienes la usan. Baste como ejemplo un evento que de manera bastante similar se encontrará también en *Mene* de Ramón Díaz Sánchez. Se trata en este caso de la caída, en el momento de su instalación, de una torre que arrasa con un grupo de obreros que trabajaban en el izamiento de la misma. He aquí la reacción del jefe extranjero:

Apurémonos a ver que queda de esos ‘hombris’. Menos mal que son sólo piones. Los empleados quedaron protegidos por el ‘caterpillar’. Verá que eso no tiene ya remedio. Bien podían quedar allí enterrados esos ‘hombris’. No valen nada (p. 41).

Con las variaciones del caso, los mismos estímulos que atraen a Gustavo hacia Peggy McGunn, guían al Teófilo Aldana de *Mene*, la novela de Ramón Díaz Sánchez. Trabajador rústico e ignorante éste, al contrario del doctor Echegorri de *Mancha de aceite*, es además un obrero incluido en la lista negra por no someterse al oprobio que rige la vida y el trabajo en los campos petroleros. Especie de símbolo viviente de la rebeldía del venezolano, rebeldía apocada e invisible en quienes nutren de brazos a las insaciables compañías, Teófilo Aldana sueña despierto con ejercer la violencia que se desborda de su cuerpo contra esos extraños que no se cansan de usar “siempre el mismo tono imperativo para mandar las cosas o para pedir-las”. Sueña también con que se le “atravesara una de esas catiras en un camino solo” porque “¿Qué saben ellas lo que es un hombre de veras? No lo sabrán mientras no se acuesten con uno como él, Teófilo Aldana, hecho de fuego solar” (Díaz Sánchez, 1981, p. 51).

Construye así en su mente, una realidad paralela que se opone a ese presente de discriminación y abuso. En esta realidad alternativa, la hembra sirve para dejar establecido el poderío de macho elemental de Teófilo Aldana, de hombre entero que justifica a todo el grupo. Y si la ensoñación se orienta inicialmente por caminos que propician el encuentro entre el negro criollo y la catira hipócrita que “hace como que desprecia al hombre cuando en realidad lo está deseando” (51), al final produce una síntesis mediante la cual el venezolano oprimido y discriminado puede concretar no sólo la conquista de la hembra sino, al mismo tiempo, la catarsis de la tensión acumulada contra el otro macho. Por eso Aldana, en palabras del narrador

“modificaba su ensueño....

...La mujer rubia no venía sola (...) la acompañaba aquel catire, y él Teófilo Aldana, llevaba como siempre su puñal debajo de la blusa. (...) El asunto se resolvía después sobre la sangre del hombre (52).

Narrativamente, el recurso usado por Díaz Sánchez introduce en la novela petrolera en Venezuela lo que llamaríamos la dimensión del deseo puro, un espacio catártico para el cual la realidad verdadera no es más que un estímulo que inaugura otro espacio de autonomía y poder absoluto imposible de encontrar, ni siquiera para el más decidido de los personajes, en las otras novelas.

Ese espacio de catarsis es indispensable como vía de escape a una realidad que se vuelve opresiva por donde se la mire. Además de la súbita presencia del extranjero, cuyo poder se ve reforzado por el apoyo irrestricto de las autoridades, el

hombre común ha de copar de modo simultáneo con cambios violentos en su cotidianidad y por ende en su forma de vida y patrones culturales.

Arturo Almandoz (2004) describe los cambios sufridos por los asentamientos urbanos preexistentes a la implantación de la industria y las nuevas características de las que se dotaba a los asentamientos urbanos recién creados, especialmente en los campos petroleros.

Pero no se trataba sólo del escenario de fondo, sino de que esos espacios se llenaban con objetos que irrumpían en la vida del venezolano común con una violencia que, es de sospechar, ni la literatura ni los estudios ad hoc alcanzan, aún hoy, a analizar en su verdadera dimensión.

Díaz Sánchez incluye repetidamente una visión atormentada de esa invasión de objetos en su novela *Mene*, y lo hace, cuando de tecnología se trata, desde dos distintos ángulos: de un lado se ubica la tecnología directamente asociada con la explotación petrolera, como lo vimos en *Mancha de aceite*, y el modo cómo ésta altera la relación tradicional entre hombre y trabajo; y del otro, la tecnología que impacta sobre la sociedad como un todo alterando ritmos vitales, patrones de consumo y valores que parecían estar firmemente establecidos en la ruralidad que caracterizaba la vida con anterioridad al surgimiento del petróleo. Esta última visión de la tecnología encarna, como podrá suponerse, en las máquinas y aparatos de uso cotidiano:

Envolvíanlos el tráfago de la intensa vida minera. Automóviles atronadores que tejían la ancha calle asfaltada, bordeada por casitas de tabla y zinc; (...) Al cencerro de las boci-

nas mezclábanse las notas sincopadas de la música en discos, broncos mugidos de vapores que cruzaban el lago, pegados a la costa como sombras chinescas...(…) Frente a ellos, la plaza, la aldeana plaza de otros días convertida ahora en parque urbano, con aceras de cemento y focos eléctricos y estatuas de mármol (p. 56).

Si se trata de la tecnología asociada a la explotación de petróleo y al intento de transmitir una visión enteramente negativa de la misma, es entonces indispensable referirse a la escena en la cual un taladro incendiado produce la muerte a varios obreros. La escena es descrita por Díaz Sánchez con una minuciosidad casi técnica para que pueda comprenderse hasta qué punto los hombres son aquí meros apéndices de una maquinaria de la cual pende, literalmente, su destino.

Por último se pudo columbrar a uno de los escalonados en los medios de la torre y que por precaución habíase atado al travesaño con una correa de cuero. A éste se le vio agitar los brazos y quedar plegado por el cinto, penduleando, lamido con morosidad por la flama que gruñía (p. 81).

Por último, *El señor Rasvel* (2005), de Miguel Toro Ramírez (2005) es la más atípica de nuestras novelas del petróleo. Entre otras cosas porque no hay en ella extranjero alguno en plan de agresiva conquista. Por el contrario, el personaje principal es aquí un venezolano, Rasvel, que domina la escena a su antojo. La contraparte es un inglés bonachón e ingenuo cuya vida se resuelve en hacer como que revisa los libros de cuentas amañados que le presenta Rasvel, en los cuales, por cierto, nunca descubre nada anormal.

El sentimiento antiimperialista se concreta aquí, extrañamente, por medio de la corrupción pues, a pesar de ser empleado de lo que hasta hace poco se llamaba en Venezuela la nómina mayor de una empresa petrolera, Rasvel se distancia, desacraliza el gran acto económico y político que significa la implantación de la industria en el país, se lo apropia y lo hace funcionar de acuerdo a sus intereses y su viveza criolla. La gran justificación para sus continuos robos es la visión de unos inversionistas que residen en Nueva York o en alguna otra metrópolis disfrutando, casi de manera obscena, el producto del trabajo de Rasvel y demás empleados de la compañía.

El Rasvel astuto y corrupto es al mismo tiempo un venezolano que afirma su primacía viril para distanciarse del musú asexuado que pasa su tiempo libre reunido con sus amigos ingiriendo incontables whiskies. Rasvel administra su harén particular con la misma maestría y maña con la que dirige la compañía petrolera. Como puede verse, con *El señor Rasvel*, Toro Ramírez inaugura una forma alternativa de enunciar y denunciar el imperialismo al tiempo que desarrolla el tipo del criollo mañoso que sirve, a pesar de su propia degradación, para reafirmar el viejo espíritu de distanciamiento del extranjero que campea en estos textos.

Siendo *El señor Rasvel* un libro atípico en el contexto de la novela del petróleo, es de esperar el encuentro con ciertas situaciones que son difíciles de explicar a la luz del abordaje tradicional de los llamados grandes temas en este tipo de novela.

Así, Rasvel es a un tiempo el personajes criollo que encarna de la manera más fidedigna

muchos de los vicios y artimañas que tradicionalmente se achacan al extranjero como medio para timar al criollo. Es, básicamente, un hombre de empresa sin escrúpulos, capaz de pasar por encima de valores, normas e individuos con tal de conseguir el provecho que se propone. No otra cosa se ha afirmado del accionar de las empresas extranjeras y de sus representantes involucrados en la explotación del bitumen. Lo que distingue a Rasvel es su intencional lejanía de esa encarnación del venezolano que el discurso popular dio en llamar pitiyanqui. Por ello, su capacidad de manipulación, y del implícito desprecio por el extranjero se despliega a placer en las últimas páginas de la novela cuando trata de convencer a su jefe, Mr. Watson, de vender sus acciones en la compañía. En una escena cargada de la más patética ironía, Rasvel convence a Watson de todo lo contrario de lo que ya era obvio que sucedería con el petróleo como fuente energética a escala mundial. Y el instrumento para lograr tal convencimiento es, no por casualidad, la tecnología. Rasvel, pues, convence a Watson de que el petróleo no tiene futuro en el mundo, que sus acciones bajarán de precio hasta la ruina, que no alcanzarán todos los automóviles del universo, ni las máquinas ni la esperanza del inglés de que llegase el momento en el que “todo el mundo pueda tener un aparato que consuma petróleo” (86) para detener la debacle. El poder de Rasvel se establece de modo definitivo con la enunciación de un resignado “haga usted lo que le parezca” (87) por parte de Watson.

Así pues, la conquista de la hembra del Otro, y el modo de representación de la tecnología en la novela petrolera venezolana, parecen ser dos discursos que, a pesar de su aparente distancia, apuntan en el mismo sentido de denunciar y rechazar la presencia del extranjero a quien se percibe como invasor de nuevo cuño, aliado de una dirigencia política sumisa a los dictados del capital, y atentatoria contra las bases históricas, culturales e idiosincrásicas de la nación.

Bibliografía

- Almandoz, A. (2004). *La ciudad en el imaginario venezolano II. De 1936 a los pequeños seres*. Caracas, Fundación para la Cultura Urbana.
- Dávila, L. (1996). *Venezuela: La formación de las identidades políticas*; Mérida, Universidad de Los Andes.
- Díaz Sánchez, R. (1981). *Mene*. Buenos Aires, Eudeba.
- Fanon, F. (1977). *Los condenados de la tierra*. México, Fondo de Cultura Económica.
- McLarney, E. (2009). The Empire Of The Machine”. *Boundary 2*, Summer.
- Pérez, M. (1993). *Petróleo, Cultura y Poder en Venezuela*. Caracas, Monte Avila.
- Said, E. (1994). *Culture and Imperialism*. New York, Vintage Books.
- Toro, M. (2005). *El señor Rasvel*. Barcelona (Venezuela), Fondo Editorial del Caribe.
- Uribe, C. (2006). *Mancha de aceite*. Maracaibo, Universidad del Zulia y Universidad Cecilio Acosta.